

**NO
VE
LA** Michel Houellebecq en estado puro. Bienvenidos a la provocación. En esta novela encontrará sexo a raudales, pesimismo y desengaño, suicidios, protestas de agricultores contra la política de la Unión Europea, alcohol y buenas dosis de Captorix, ese fármaco que el protagonista (un hombre de 46 años que trabaja para el Ministerio de Agricultura francés) toma a diario para frenar su depresión. Algunos de sus efectos negativos (impotencia, desaparición de la libido y náuseas) marcarán *Serotonina* (Anagrama), el último libro del escritor francés. Libro traidante que se lee con pasión.

A Houellebecq (62 años) le gusta jugar al despiste, desliza opiniones que no se sabe si es él mismo quien las sostiene o corresponden a su protagonista, pero ahí quedan. Protagonista que, como el autor, es ingeniero agrónomo. Protagonista al que no le gusta su nombre, como el propio Houellebecq, que adoptó el apellido de su abuela paterna, la que realmente le crio. Esta vez no se centra en una Francia gobernada por los islamistas, como en la novela *Sumisión*, que salió a la venta justo el mismo día de 2015 en que el semanario satírico *Charlie Hebdo* sufrió el ataque de dos encapuchados que asesinaron a 12 personas. Otra novela suya, *Plataforma*, desarrollaba un atentado terrorista y se publicó un mes antes del ataque a las Torres Gemelas de 2001 y un año antes de otro parecido en Bali. Así nació la leyenda de considerarle un escritor visionario. No. Ahora *Serotonina* transcurre por la vida de Florent-Claude Labrouste que evoca sus amores con Claire, actriz alcoholizada que logró cierto éxito representando una obra de Bataille y que había seducido a los amantes de su madre (quien devolvió el golpe haciendo lo mismo con los novios de la hija); con Camille, joven de 19 años que se convertirá en veterinaria, y con Yuzu, japonesa que graba sus secretas orgías sexuales con hombres y perros dóberman y bull-terrier. No se ahorran detalles.

¿Se mofa Houellebecq de las feministas cuando, dice el protagonista, «el concepto *feminicidio* me parecía bastante divertido, me sonaba a insecticida o a raticida»? ¿Sostiene él lo que dice Labrouste cuando éste afirma: «La mujer exige el homenaje de las penetraciones vaginales frecuentes y de preferencia cotidianas (...) La felicidad del fallo pasa

a ser un fin en sí mismo para la mujer»? Otras provocaciones, o no: «Holanda no es un país, es a lo sumo una empresa». «La *suíte* es como una habitación, pero con un vestidor y un cuarto de baño, lo digo

para mis lectores de las capas populares».

Y ahora le toca el turno a España y a Franco. La novela arranca con sorna —«hacia el final de la década de 2010; me parece que Emmanuel Ma-

cron era presidente de la República»— y en una gasolinera de Almería, donde Labrouste auxilia y queda prendado de dos veinteañeras. Acaba consolándose con su fantasía —«todos los hombres desean chicas frescas, ecologistas y amantes de los tríos; bueno, casi todos los hombres, yo por lo menos»—.

Franco. «Francisco Franco, independientemente de otros aspectos a veces objetables de su acción política, podía ser considerado el verdadero inventor a escala mundial del *turismo de lugares con encanto* pero su obra no se detenía ahí, ese espíritu universal sentaría más adelante las bases de un auténtico *turismo de masas* (...) Franco era en realidad un auténtico gigante del turismo y es con esta vara con la que acabaría siendo valorado por algunas escuelas de hostelería suizas, y de un modo más general, en el plano económico el franquismo había sido recientemente objeto de estudios interesantes en Harvard y Yale». Página 33.

Tampoco se libran grandes escritores, como Goethe («uno de los viejos chochos más siniestros de la literatura mundial»), Thomas Mann y Proust, quienes «por más que

estuvieran a la cabeza de todo el saber y la inteligencia del mundo (...) no habían estado menos a la merced, y a postorarse, ante cualquier joven coño húmedo o ante cualquier polla». Así, el final de *La montaña mágica* supone para Houellebecq/Labrouste «el fracaso de toda idea de cultura europea; significaba incluso, a causa de la victoria a la postre de la atracción animal, el fin definitivo de toda civilización, de toda cultura».

Volviendo a nuestros días, se describe una manifestación de ganaderos de Normandía que protestan contra la supresión de las cuotas de leche dictadas por Bruselas. Balance: 10 agricultores y un antidisturbios muertos en un corte de carreteras con gasolina ardiendo.


¿Pederastia? También la hay, personificada en un alemán que se aprovecha, se supone que pagando, de una niña de 10 años, sesiones que graba en vídeo.

Y pesimismo. Al más puro estilo Schopenhauer. Michel Houellebecq, y esto es feha-

por el filósofo de Gdansk, a quien tradujo y comentó pasajes de *El mundo como voluntad y representación* y de *Aforismos sobre la sabiduría de la vida*, pues al leer este último libro, parece que por casualidad, «en unos minutos todo se tambaleó», tal y como sostiene Agathe Novak-Lechevalier en el prólogo a *En presencia de Schopenhauer* (Cuadernos Anagrama, 2018).

¿Defensa de los animales? Un episodio detalla cómo conviven en un hanger miles de gallinas apretujadas en medio de los cadáveres en descomposición de sus congéneres. Denuncia al más puro estilo J.M. Coetzee.

Y soledad. Labrouste (¿Houellebecq?) pasa buena parte del día vagando por París sin rumbo, horas enteras ante el televisor de un hotel donde aún es posible fumar. El mismo Labrouste que visita a un psiquiatra apellidado Azote que fuma Camel y le receta Captorix.

¿Libro apasionante? Lo es. ¿Desmesurado? Puede ser. Pero su lectura no dejará indiferente. A nadie. 



ANDREU DALMAU

MICHEL HOUELLEBECQ *Sexo, Captorix y desencanto*

Franco fue un “gigante del turismo”, “feminicidio suena a raticida” y sexo con perros. En ‘*Serotonina*’, su apasionante nueva novela dispensa una mirada pesimista de la sociedad. Y ajusta cuentas con Proust y Thomas Mann

POR MANUEL LLORENTE

‘SEROTONINA’
MICHEL
HOUELLEBECQ
282 págs. Anagrama.
A partir del 9 enero